

GIOCONDA BELLI
EL PAÍS DE
LAS MUJERES





“Belli desnuda su personalidad novelista, su actitud revolucionaria y su sueño como mujer”.

—*Semana* (Colombia)

“La nicaragüense Gioconda Belli ha logrado una pequeña obra maestra de sátira política donde la implacable mirada sobre lo cotidiano, a lo Jonathan Swift, se agiliza con un humor ágil y amable siguiendo, tal vez, la escuela trazada por Benedetti y Bioy Casares”.

—opinionynoticias.com (Venezuela)

“Para saber cómo se enfrentan a la situación tendrán que leer esta audaz, divertida y brillante utopía política, que en el desierto de lo público que es hoy Nicaragua puede muy bien constituirse en una alternativa con futuro. La novela esta repleta de personajes de nuestro tiempo, políticos corruptos, magistrados depravados, violadores de niñas y golpeadores de mujeres, pero también del mundo de la vida cotidiana y de la naturaleza exuberante telúrica de Faguas, donde el volcán es un gran protagonista y cómplice del PIE”.

—*Confidencial* (Nicaragua)

“A partir de este libro, la nicaragüense ha creado un nuevo Partido Global Feminista, de un feminismo felicista, ya que considera que necesita un nuevo empuje y un aire nuevo, lúdico erótico, gozoso”.

—*El Confidencial* (España)



La obra de Gioconda Belli, novelista y poeta nicaragüense, ha sido ampliamente traducida y ha ganado numerosos premios internacionales, entre ellos el Premio Casa de Las Américas de poesía en 1978, el premio a la mejor novela del año en Alemania en 1989 por *La mujer habitada* y el premio de poesía internacional “Generación del 27” en 2002.

El país bajo mi piel fue seleccionado entre los mejores libros del año en 2002 por *Los Angeles Times* y fue nominado para el Los Angeles Times Book Award en 2003. La autora divide su tiempo entre Santa Mónica, California y Managua, Nicaragua.

EL PAÍS DE LAS MUJERES



Gioconda Belli



Vintage Español
Una división de Random House LLC
Nueva York

Copyright © 2010 por Gioconda Belli

Todos los derechos reservados. Publicado en los Estados Unidos de América por Vintage Español, una división de Random House LLC, Nueva York, y en Canadá por Random House of Canada Limited, Toronto, compañías Penguin Random House

Originalmente publicado en Bogotá por Editorial Norma, en 2010.

Copyright de la presente edición © 2013 por Editorial Seix Barral, S.A.

Vintage es una marca registrada y Vintage Español y su colofón son marcas de Random House LLC.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes o son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o escenarios es puramente casual.

Información de catalogación de publicaciones disponible en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

eISBN: 978-0-8041-6975-2

Para venta exclusiva en EE.UU., Canadá, Puerto Rico y Filipinas.

Diseño de la cubierta: Isabel Urbina Peña

www.vintageespanol.com

v3.1

Contenido

Cubierta

Acerca de la autora

Página de título

Copyright

Dedicatoria

La Presidenta

Transcripción íntegra del relato de José de la Aritmética

El galerón

Sumando y restando especulaciones

La lava

Martina

Reformas democráticas

El complot

Leticia Montero

La noticia

Las gafas de sol

El reloj despertador

Petronio Calero

Eva Salvatierra

La taza

Se hunde Jiménez

La cafetera

Manifiesto del Partido de la Izquierda Erótica (PIE)

Ifigenia

Primera propuesta de campaña publicitaria

La toalla

Programa

Juana de Arco

El anillo

El paraguas

Editorial de *The New York Times*

Emir

El mantón

Reformas educativas

La libreta de notas

Cigarras de palma

Leticia se queja

El pisapapeles

Rebeca

Mujeres en la calle y hombres caseros

Celeste

Emir mirando a Viviana

Transcripción íntegra de la segunda entrevista al señor José de la Aritmética

Memorando

¿El limbo?

El reemplazo

Blog del Impertinente

¡Que las mujeres vuelvan a sus casas!

Flotaciones

La revuelta

Los conspiradores

Transcripción íntegra de la tercera entrevista al señor José de la Aritmética

Noticia de primera plana en el diario *El Comercio*

Relato de Juana de Arco

Dionisio y el complot

Justicia

Con miedo de cerrar los ojos

La renuncia

Viviana

Agradecimientos

*A Maryam, Melissa y Adriana, mis hijas;
a Alía Sofía, el relevo de las Amazonas*

La Presidenta

Era una tarde ventosa y fresca de enero. El poderoso soplo de los vientos alisios alborotaba el paisaje con sus revoltijos. Por la ciudad la hojarasca hacía cabriolas, flotando de una acera a la otra y rozando las cunetas con un ruido de rastrillo en sol menor. La laguna frente al Palacio Presidencial de Faguas tenía el agua encrespada y el color de un oscuro café con leche. Olía a amarillo, a flores silvestres estropeadas, a cuerpos sudorosos apretujándose.

Sobre la tarima, la presidenta Viviana Sansón terminó de pronunciar su discurso y alzó los brazos triunfante. Le bastaba agitarlos para que la plaza entera prorrumpiera en renovados aplausos. Era el segundo año de su mandato y el primero en que se celebraba, por todo lo alto, el Día de la Igualdad En Todo Sentido que el gobierno del PIE mandó incorporar a la efemérides más ilustres del país. A la Presidenta la emoción le enturbiaba los ojos. Toda esa gente, mirándola con exaltado fervor, era la razón de que ella estuviese allí sintiéndose la mujer más dichosa del mundo. La energía que le transmitían era tal que habría querido seguir hablando de los sueños locos con los que desafió los pronósticos de cuantos pensaron que ella jamás llegaría al poder, ni contemplaría como lo hacía en aquel momento el fruto de su audacia y del enorme esfuerzo puesto en el empeño por ella y sus compañeras del Partido de la Izquierda Erótica.

Miró a su alrededor. Se veían muchachas arriba de las terrazas de los edificios circundantes y muchachas encaramadas en los árboles del parque vecino y hasta sobre el techo de la glorieta. Al centro, hombres sentados sobre la escalinata del palacio presidencial. Alrededor de la tarima, las policías del cordón de seguridad se bamboleaban bajo la presión de la multitud. Pobres, pensó, mientras seguía trotando, moviendo los brazos en alto de un lado al otro dando vueltas por el estrado circular. No habría querido policías, pero Eva insistía en cuidarla. Le preocupaba que ella hablara desde el centro de las plazas.

El sudor le corría por la espalda tras aquellas dos horas de moverse de un lado al otro. Nunca decía sus discursos detrás de los podios. Con su estilo de rockera en concierto –toda ella negra y con botas– había roto la tradición de los políticos machos de antaño, siempre protegidos tras mesas y parapetos. Ella no. Quería que la gente la percibiera cercana y accesible. Desde su toma de posesión como Presidenta de Faguas, y aun antes, en su campaña electoral, siempre habló desde el centro de las multitudes, con el micrófono en la mano. El círculo era un abrazo, había declarado, y la palabra mágica de su administración era CONTACTO: todos en contacto: tocarse, sentirse. El círculo era la igualdad, la participación, el viento materno, femenino. El símbolo reiteraba su fe en el valor de percibir con el corazón y no solamente con la razón. Fue el giro que ella le imprimió a la política del país y el que le permitió envolverse en el calor de los otros, ese calor que la hacía sudar en el esplendor del sol de aquel día que empezaba a apagarse.

Viviana continuó su recorrido por el redondo escenario. A sus cuarenta años tenía un físico envidiable: un sólido cuerpo moreno claro de nadadora, una mata de pelo oscura de rizos africanos hasta los hombros –herencia del padre mulato que nunca conoció– y el rostro delgado de su madre, de facciones finas pero con grandes ojos negros y una boca de labios anchos y sensuales. Aquel día, Viviana vestía una camiseta negra de escote profundo, por lo que sobresalían los pechos abundantes cuya utilidad solo aceptó cuando se metió en política. Durante su adolescencia su tamaño la incomodó de tal manera que practicó el nado como deporte cuando se fijó que todas las nadadoras eran planas como tablas de planchar. Ella aunque brilló en sus proezas acuáticas y hasta llegó a ser campeona nacional de natación, apenas si logró hacer mella en el desarrollo desafortunado de sus ya famosas tetas. Al final no quedó más que abrazar sus generosas proporciones. Terminó pensando que debía celebrarlo y convertirlas en sinónimo del compromiso de darle a la población de aquel país los ríos de leche y miel que el mal manejo de los hombres le había escatimado. A veces se recriminaba su exhibicionismo, pero que funcionaba, funcionaba. No sería ni la primera ni la última mujer que descubriría el hipnótico efecto de un físico voluptuoso.

Tras completar corriendo otras tres vueltas al redondel deteniéndose de tanto en tanto para alzar los brazos en señal de victoria, Viviana decidió que ya era suficiente. La sensación de triunfo era embriagadora, pero estaba cansada y no quería exagerar. Suficiente egolatría pensó. Era peligroso, a su juicio, alimentar demasiado la adoración de la gente. Desde principio, Martina, Eva, Rebeca e Ifigenia insistieron en que cabalgara sobre el influjo magnético que ejercía sobre las multitudes. Ella asumía una y otra vez el reto; llevaba a las masas al paroxismo del entusiasmo pero, después, sentía la compulsión maternal de tranquilizarlas y tenía que contener el deseo de cantarles canciones de cuna o de contarles cuentos como hacía con su hija luego de una buena sesión de alboroto, de correr por la casa gritando, haciéndose cosquillas, revolcándose. A Celeste, cuando era pequeña, siempre podía calmarla hasta dejarla soñolienta, lista para lavarse los dientes y ponerse el pijama. Con las multitudes no podía usar el mismo método, pero intentaba otras modalidades: cambiaba el ritmo, se relajaba, entraba en un andar quieto, agitando suavemente los brazos, caminando despacio, cada vez más despacio alrededor del círculo. Hizo señas a sus compañeras del PIE, las que iniciaran con ella la idea de aquel partido, para que subieran al estrado y caminaran todas juntas, tomadas de la mano como el elenco de una obra de teatro que termina. Le gustaba que se sintieran queridas, que disfrutaran un triunfo que igualmente les pertenecía. Eva Salvatierra, Martina Meléndez, Rebeca de los Ríos e Ifigenia Porta también eran mujeres atractivas y vibrantes. Eva era pelirroja, menuda, con pecas en las mejillas y una voz gangosa, ligeramente adolescente que contrastaba con su mortífera eficiencia. Martina era rubia castaña, más voluptuosa que flaca, pelo liso. Había nacido con el don de un irreverente sentido del humor. Sus ojos pequeños y oscuros ponían en duda casi todo por principio. Rebeca de los Ríos, alta, morena, esbelta como un junco, como habría dicho doña Corina Tellado, era de una belleza oscura y misteriosa y tenía el porte más elegante y refinado de todas. Ifigenia, la Ifi, era delgada, de cara larga y nariz pronunciada; todas la querían porque se parecía a la Virginia Woolf.

Los aplausos subieron momentáneamente de tono, pero fueron disminuyendo en la medida en que Viviana empezó a hablar lentamente: Ahora nos iremos todos a casa, dijo en el micrófono suavemente, casi susurrando las palabras, sonriendo, repitiendo gracias, gracias.

como un mantra, un conjuro que a ella misma le permitiera aceptar el asombro gozoso de que tantos hubiesen depositado su confianza en ella y su gobierno.

A este punto, usualmente, el ánimo del público empezaba a decrecer, salía de pechos gargantas y bocas, como un espíritu exhausto, a disolverse en un aire de final de fiesta. Ella solía observar fascinada el proceso: la energía acumulada esfumándose de los cuerpos como un flujo de agua derramada perdiéndose por las esquinas, mientras la compacta multitud se abría como una mano extendida despidiéndose.

Aquel día, sin embargo, aún reservaba una sorpresa: fuegos artificiales donados por la Embajadora de China. La primera detonación se escuchó a lo lejos. La multitud detuvo su éxodo. Un paraguas de luces rosa encendido descendió desde el cielo sobre la plaza. Luego sucedieron cascadas de iluminados pétalos blancos, arañas verdes, copos de azul y tentáculos amarillos. Todos los rostros se alzaron para mirar el deslumbramiento mientras de las gargantas brotaban las exclamaciones. Viviana sonrió. Amaba los fuegos artificiales. Eva, que era Ministra de Seguridad y Defensa, había dispuesto que ella y las demás bajaran del estrado y se retiraran a mirar las luces desde un sitio más seguro, pero Viviana no se movió, cautivada por la luz y por el efecto del cielo encendido sobre los rostros de aquella multitud súbitamente transportada a los portentos de la infancia. Ajena ya a su rol de protagonista normalizado el flujo de adrenalina de su actuación pública, pudo, en ese instante de reposo reparar en un hombre con la cabeza cubierta por una gorra azul de camionero que se abrió paso entre la multitud. Lo vio acercarse y alzar los brazos a poca distancia como para sacarse una sudadera por la cabeza. Muy tarde reconoció su intención. No oyó el disparo pero un calor viscoso la golpeó fuertemente en el pecho y la frente y la hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás sin remedio, desplomándose cuan larga era. Aún alcanzó a oír el griterío que irrumpió a su alrededor. Vio un hombre flaco, también de gorra, con cara de buen samaritano inclinarse sobre ella. Quebrándose en el caleidoscopio del líquido tornasol en el que lentamente sintió hundirse, vio los rostros de Eva, Martina y Rebeca como reflejos asomados a un estanque. Cuando oyó el aullar plañidero de las ambulancias, ya sus pensamientos, como si alguien hubiese abierto una trampa, corrían a desaguar en un total silencio.

Eva Salvatierra: Diga su nombre y sus generales, por favor.

J. A.: José de la Aritmética Sánchez, tengo 50 años, soy casado, vivo en el reparto Volga. ¿Está bien o le digo más?

E. S.: Está bien. Don José, quiero que me diga, por favor, lo que pasó en la plaza. ¿Dónde estaba usted cuando los disparos? ¿Qué vio?

J. A.: Pues mire, si quiere que le diga mi opinión sobre quién disparó tiene que oírme todo el cuento desde el principio, porque yo creo que las cosas no pasan de un día para el otro, yo le voy a contar mi impresión desde el mismísimo día que la presidenta Viviana tomó posesión porque yo estaba allí, ¿oyó? Yo no me pierdo de mítines, marchas y manifestaciones. Vivo pendiente de la política y de cualquier otro molote. Son para mí lo que la Navidad para los comerciantes. A cualquier asoleado le gusta comerse un raspado y los míos son de primera.

Yo nunca me hubiera imaginado que ustedes, las mujeres, iban a mandarnos. Hasta me recuerdo al comienzo de la campaña electoral, se lo admito, cuando aparecieron presentando su partido con la bandera del piecito. Cierto que llevaban a un personaje como Viviana Sansón de candidata, pero a mí eso no me parecía suficiente. Si dicen que el hábito no hace al monje yo diría que un programa de televisión tampoco. No le niego que todas ustedes me parecieran muy inteligentes. Cuando hablaban de que ya estaban hartas de que nosotros los hombres siguiéramos desbaratando el país, de los robos al Estado y desmanes, claro que yo entendía qué se referían, aunque no fuera mujer. Y para qué negarlo: me gustó esa idea de que iban a ser las madres de todos los necesitados, de que limpiarían el país como si se tratara de una casa mal cuidada, que lo iban a barrer y a pasarle lampazo hasta sacarle brillo. Usted hubieron visto a mi mujer y mis hijas fascinadas cuando oían esas cosas. Lo del erotismo pues sí me pareció extraño porque para mí eróticos son los calendarios que regalan en Navidad en las ferreterías con las mujeres hermosotas en paños menores. Que hablaran de eso pues no me parecía serio, no me parecía que calzaba en los discursos de lo que se necesita para gobernar una nación, aunque debo aclararle que yo no comulgo con esos que las andan criticando porque dicen que ustedes aceptan que cada quién es libre para hacer el sexo con quien quiere hombres y mujeres; mujeres con mujeres, hombres con hombres. Yo, por último, ya no me meto. Cada persona es dueña de su calzón o su portañuela. Allá ellos. Que las explicaciones las den al todopoderoso de allá arriba, a mí con tal de que no me toque ver funciones en vivo, me tiene sin cuidado. Será porque tengo cinco hijas mujeres que Dios guarde que yo diga algo, me caen encima. No les gusta ni que les diga maricas a los maricas... Resulta que ahora son gays, socios, qué se yo.

E. S.: Don José...

J. A.: Ya, perdone, es que creo que es bueno que usted oiga lo que piensa alguien como yo un ciudadano común y corriente. La cosa es que cuando explotó el volcán, después de esos días de oscuridad, usted sabe cómo nos quedamos los hombres: acabados, pasivos. A usted nadie se les opuso. Ganaron la Presidencia y la mayoría en la Asamblea con los votos de las mujeres. Nosotros no teníamos ánimo para nada. Éramos como electrodomésticos que alguien desenchufó. ¡Lo recuerdo tan bien! La extrañeza que nos entró a todos y que nos dejó fuera de combate; sumisos, sedita. ¡Santo Dios, Santo Fuerte! ¡Qué días esos! Usted hubiera visto

cómo se reían mis vecinas cuando me vieron pasar empujando mi carrito de raspados caminando a la manifestación en la que celebraron su victoria; yo caminando como esos perros, con cola entre las piernas. En esos días parecía que los hombres ya nunca levantaríamos cabeza. Pero claro que el colmo fue –y no se me impaciente– cuando la Presidenta decretó que todo su gabinete, incluyendo la jefatura del ejército y la policía, estaría integrado solo por mujeres; que en su gobierno no quedaría ningún hombre, ni siquiera un chofer, ni un vigilante, ni un soldado. ¿Se acuerda usted? Dijo que las mujeres necesitaban gobernar solas un tiempo, y que, mientras tanto, los hombres se dedicaran a reponer fuerzas cuidando a sus hijos y atendiendo solamente responsabilidades familiares. Así se repondrían del tóxico del volcán, la falta de la hormona esa. ¿Cómo es que se llama?

E. S.: La testosterona, don José, el humo del volcán les redujo los niveles de testosterona, así se llama la hormona.

J. A.: Ni pronunciarla puedo. Terrona le dicen en mi barrio. Pero la cosa, como usted sabe, es que apartaron a ese poco de hombres sin asco. A mí ese extremismo no me pareció nada conveniente. Por lo menos cuando la mayoría de los ministros y gente importante del gobierno eran hombres, siempre quedaban las secretarías, las contadoras, las que se encargaban de la limpieza... Ahora ni para eso nos iban a ocupar a nosotros. Y yo para mandarnos pensé que los choferes, por lo menos, debían quedarse. Si se arruinaba un carro, les ponchaba una llanta, mentira que ustedes, las mujeres, iban a poder hacer lo que un hombre. Hay cosas que cada cual hace mejor. Sobre eso no hay vuelta que darle. Yo no me voy a poner a discutir sobre la miel de los raspados con mi mujer. Ella es la que sabe escoger las mejores piñas, cuánta azúcar echarle a la leche, cuánto cocerla para que no le quede muy espesa.

E. S.: Pues para que sepa, don José, que los mejores cocineros del mundo son hombres... además recuerde que esa medida es temporal...

J. A.: Pero ya ve cuánto resentimiento agarraron algunos ... Seguro quien le disparó a la Presidenta fue un resentido...

E. S.: Puede ser. Eso es lo que quisiéramos saber. Acláreme una curiosidad que tengo: ¿cómo es que usted se llama José de la Aritmética?

J. A.: Mi mamá era analfabeta. Me quiso poner nombre de santo, del que enterró a Jesús.

E. S.: ¿José de Arimatea?

J. A.: A lo mejor. Pero ella decidió que era de la Aritmética. Pensó que sonaba a nombre de una persona inteligente.

E. S.: Y déjeme que le pregunte: ¿usted vio al hombre que disparó?

J. A.: Verlo, verlo, no lo vi. Yo estaba cuidando mi carrito porque en esos molotes, como usted bien debe saber, siempre andan los amigos de lo ajeno, y además, los fuegos artificiales me dan ardor en los ojos. Y es de esas cosas que ve uno una vez y ya las vio todas, ¿me entiende? No me parecen la gran cosa. Así que yo avancé para bordear la tarima y regresarme a mi casa antes de que saliera toda la gente en estampida y, bueno, quería pasar más cerca de la Presidenta y fue entonces cuando la vi parada, como congelada. Y luego hizo ese movimiento extraño que hacen los baleados, se le sacudió el cuerpo. Entonces yo ni lo pensé, fíjese. Para mí era claro que le habían dado. Me encaramé sobre la tapa del carretón, salté la tarima y justo llegaba yo cuando ella venía cayendo. Me quedó viendo, asustada. Hasta me pongo erizo cuando me acuerdo.

E. S.: ¿De dónde cree que salió el tiro?

J. A.: Frente a ella. Fue alguien que estaba frente a ella, más allá de la barrera policial.

E. S.: ¿Lo vio? ¿Podría describirlo?

J. A.: Yo me volteé a mirar a la gente, ya cuando estaba con la Presidenta, a ver si veía a quién había sido. Vi a alguien perderse entre la gente y llevaba una visera, una gorra, algo oscuro, azul, creo, sobre la cabeza...

E. S.: ¿Un hombre?

J. A.: Pues creo que sí. Pero fue todo muy rápido, una confusión de padre y señor mío, me crea lo que le digo, puede que esté equivocado, perfectamente posible sería, pero ahorita que me está insistiendo, creo que sí, que vi eso. Si me acuerdo de algo más, le aviso.

E. S.: ¿Y oyó una detonación?

J. A.: (*Silencio.*) Mire, ahora que lo dice, se oían los cohetes, pero balazo no se oyó. Rara vez, ¿no? Y perdone que le pregunte: ¿Qué se sabe de la Presidenta?

E. S.: Está en el hospital. Daremos a conocer cualquier noticia. Quería encomendarle algo a don José. Como usted anda por todas partes y habla con mucha gente, ¿sería mucho pedir que de vez en cuando viniera por aquí a contarnos lo que oye? Es posible que haya algo más detrás de esto, ¿me entiende? Pero, además, como usted dice, es importante oír a ciudadanos como usted. Le voy a dar esta tarjeta. Llame a este teléfono. Si yo no estoy, pregunte por la capitana Marina García. Ella le atenderá. ¿De acuerdo?

El galerón

Lo primero que hizo Viviana Sansón al despertar fue tocarse el pecho sobresaltada. Se pasó la mano por las costillas temiendo llenarse de sangre, pero cuando la retiró estaba limpia. ¡Qué raro! Y qué extraño el silencio. Silencio sepulcral. Se erizó toda. Ya no se oía la ambulancia ni los gritos de la gente, ni la conversación apresurada de Eva, Martina y Rebeca. Estaba sola absolutamente sola. Sobre su cabeza vio un techo de zinc, cruzado por vigas de madera gruesos alambres y bombillos de los que irradiaba una luz débil y amarilla. ¿Cómo llegaría a parar allí? A pesar del insólito escenario, no sintió pánico; más bien estupor, una lánguida sensación de incredulidad. Se inclinó lentamente. No me duele nada, pensó, aliviada y confundida a la vez. Frente a ella vio un largo pasillo delineado apenas en el pálido resplandor de las bujías. A ambos lados del largo y estrecho galerón, se alzaban toscas repisas de madera sobre las que se alineaban objetos que no alcanzó a distinguir. Parecía una bodega. ¿Qué hacía ella en una bodega? Tendría que estar en el hospital, pensó azorada. Tuvo miedo de ponerse de pie. Se sentó y cruzó las piernas. Cerró los ojos. Cuando los abrió le pareció que la luz era más intensa. El galerón era de un gris plomizo. Las paredes, el suelo, las repisas, lucían extrañamente limpios. Por lo menos no había polvo. Era alérgica al polvo. Le hacía estornudar sin parar. Apenas vislumbraba el final del pasillo. Se preguntó si allí habría una puerta. Detrás de ella no alcanzaba a ver una salida. Estaba muy oscuro a sus espaldas. Se puso de pie muy despacio. Comprobó que no sentía dolor, sino una inusitada y liviana ingravidez. De tan fluidos, sus movimientos no parecían suyos. Ya de pie, miró de nuevo a su alrededor. Los anaqueles a los lados del galerón se delinearon más claramente. Lanzó su mirada de derecha a izquierda. Los objetos le eran familiares, conocidos, estaba segura de haberlos visto alguna vez. Caminó un largo trecho sin que la distancia entre ella y la puerta disminuyera. Sobre la tosca madera de los anaqueles vio manojos de llaves, libros, un zapato, una toalla, un anillo, un brazaletes, una cafetera, anteojos oscuros, anteojos de leer, muchos pares de anteojos, incontables paraguas, suéters, joyas importantes y de fantasía, cosméticos, calculadoras pequeñas y delgadas, monederos, teléfonos celulares, cámaras, la lámpara de bolsillo que solía llevar en el bolso cuando volaba por si acaso el avión tenía un percance que necesitaba alumbrar el camino para salir del estropeado y humeante fuselaje, las gotas para los ojos, paquetes de kleenex, encendedores, muchos encendedores y cigarreras de cuando fumaba, billeteras que le robaron, conectores dejados en hoteles, secadoras de pelo, plancha de viaje, ropa de su hija, el abrigo de Sebastián, paraguas, viseras, gorras, sombreros que nunca usó, capas de abrigo, chilindrujes de cuando le dio por collares pesados y coloridos, almohadas y colchas de fines de semana en casas de amigos, maletas, bolsos, platos, platos, platones, abridores de lata o de vino, cubiertos, vasos, copas de vino de esas que se dejan abandonadas en la playa, fotos enmarcadas o sin marco, peluches de cuando era adolescente, su aparato para jugar solitario, cremas de mano, cremas antimicrobios para las épocas de

pestes... Eran cosas que recordaba haber extraviado sin volverlas a encontrar. ¿Cómo había llegado a parar allí? ¿Qué significaban? ¡Madre mía, pensó, todo lo que dejé tirado, olvidado en la vida, está aquí!

Sumando y restando especulaciones

José de la Aritmética regresó a su barrio empujando su carrito de vender raspados, dejando su paso el rastro de agua del hielo derretido. Las botellas de vidrio, al pegar la una con otra, tintineaban sobre la calle adoquinada.

Le parecía todo mentira. Allí iba él de vuelta a su casa apesarado, lamentando lo sucedido avergonzado. Uno tenía que reconocer aunque no le gustara, pensó, que era verdad eso que decían las mujeres de que los hombres tenían la maña de la violencia. ¿Qué necesidad había de pegarle un tiro a la Presidenta? ¡Por Dios!

Sería que él tenía sangre de horchata, pero jamás habría pensado hacer una cosa así. Tal vez por haberse criado entre mujeres –fue el único varón entre nueve hermanas– él era medio feminista. Dios guarde que él le levantara la mano a una de ellas. Las demás lo hubieran acabado. Además que ni se le habría ocurrido porque él las quería, les tenía aprecio. Le gustaban las mujeres, aunque fueran como eran. Él en su casa se sintió cuidado por ellas. Cuando creció, el machismo le dio por protegerlas, por cuidar que los otros hombres no se metieran con ellas. Su hermana mayor –él era el segundo– lo mandaba a acompañar a las más pequeñas. La mamá, ella y las demás le vivían sacando aquello de que él era “el hombre” de la casa. Lo decían pero eran ellas las que mandaban; a él lo ocupaban para enseñarlo, como para que la gente supiera que no estaban desprotegidas, porque el papá trabajaba como camionero, viajaba casi todo el tiempo. Ese entrenamiento de proteger mujeres fue el que le hizo reaccionar cuando vio a la Presidenta irse para atrás.

Le da risa mi nombre, ¿verdad?, pero ande que el suyo también es como inventado, le había dicho a Eva Salvatierra. Bonita la mujer. Flaquita, pero bien formada y además pelirroja. Y se le notaba que era natural el color. Una mata de pelo hermosa como un incendio y los labios tan bien hechitos. ¿Que dónde estaba él cuando los disparos? ¿Que quién habría sido? Él se atosigó a preguntas, porque el colmo fue que no agarraran al pistolero. Con tanta gente y las policías viendo para arriba distraídas, cuando quisieron salir detrás del matón, fue muy tarde. Muchas policías eran jovencitas sin experiencia. Además la Presidenta no se cuidaba lo suficiente. Le gustaba andar suelta. Era bonito eso, pero peligroso. Esa idea suya del CONTACTO ojalá no le costara la vida a la pobre porque bien mal lucía cuando cayó sobre la tarima. Él no supo cómo llegó a su lado. Saltó encima de su carrito y de allí al estrado como si le hubieran puesto resortes en los pies. Corrió a ver cómo asistirle porque todo mundo quedó inmóvil con la pura incredulidad. Logró inclinarse sobre la Presidenta antes de que la misma Eva Salvatierra le pegara un tirón de la camisa para apartarlo. Por andar de buen samaritano terminó como sospechoso. Menos mal que después de conversar y preguntarle hasta por qué su mamacita le había puesto el nombre que tenía, la Ministra le pidió disculpas y hasta le pidió que cooperara con ellas.

José de la Aritmética, taciturno, caminaba arrastrando los pies. Él, que rara vez se cansaba iba muerto de cansancio. No recordaba un día tan largo como aquél en su vida, y todavía no terminaba. Oscurecía detrás del perfil de los volcanes que circundaban la ciudad y en el cielo las grandes nubes lucían ahora desgredadas, sus redondeces convertidas en extensas cintas difusas, grises. Divisó a Mercedes, su esposa, en la puerta de su casa con sus hijas. Debía ser algo de familia eso de producir mujeres porque las de él eran cinco. Todas con nombres de flores: Violeta, Daisy, Azucena, Rosa y Petunia. La última, la más pequeña, lo señaló con el dedo no bien lo divisó y llegó corriendo, ofreciéndose a empujar el carretoncito de los raspados para que él adelantara camino ya sin aquel estorbo. La cara de Mercedes se iluminó al verlo. Buena era su mujer. Se había casado con ella porque la dejó embarazada, pero nunca se arrepintió. Era comelona, gorda, pero tenía una cara linda y un carácter alegre, plácido y práctico. José le pasó el carrito a Petunia, dándole unas palmaditas cariñosas en la cabeza para agradecerse. Hombres y mujeres del vecindario estaban en las calles y las aceras, en grupos, comentando lo sucedido. Seguro que ya se había corrido la noticia de que él era quien había saltado a la tarima. Más de alguno lo vería mientras intentaba socorrer a la Presidenta. Sus hijas, menos Azucena, la que era policía, estaban todas allí. Lo rodeó la familia y los vecinos. ¿Qué se sabe, don José? ¿Qué le dijeron? ¿Cómo está la Presidenta, está confirmada que la mataron?

–No se sabe nada todavía –dijo. Ustedes me perdonan pero tengo que sentarme.

Se dejó caer sobre el butaco de madera que Rosa le alcanzó. Sacó un cigarrillo y expeló una larga cinta de humo. Mercedes le pasó un vaso de agua. A ella se le notaba en los ojos que había llorado.

–Es grave esto –dijo–. Grave que le disparen a una mujer, es como si nos hubieran disparado a todas. ¿Agarraron al que le disparó?

–No –dijo José–, se les salió de las manos.

–Nada tenía que ver que fuera mujer –dijo un vecino de camisa holgada y chinelas amarillas–, a los presidentes alguien siempre quería matarlos. Tenían que haberlo pensado mejor antes de poner solo mujeres a cuidarla. Los hombres tenían más experiencia en esas cosas.

–¡Mire usted, como que solo mujeres presidentes mataran! –saltó Daisy molesta por el comentario–. ¿Y a los hombres que han matado, quién los cuidaba? Acuérdense del presidente Kennedy.

–Habrán que ver qué pasa ahora –dijo Violeta, la hija mayor de José y Mercedes, huesuda y adusta, llevaba un vestido de rayas verdes y amarillas y el pelo largo amarrado en una coleta con una tira deshilachada–. Espero yo que el gobierno que venga mantenga por lo menos los comedores comunales y las guarderías.

–¿Por qué crees que va venir otro gobierno? –dijo Daisy–. Tienen que volver a ganar las mismas. Eso va a depender de nosotros.

–Yo creo que se están adelantando a los acontecimientos –dijo José de la Aritmética sorprendido de la rapidez con que cada quién se preocupaba por lo suyo.

–¿Y si no ganan? ¿Vos crees que los hombres van a volver a votar por ellas?

–Yo volvería a votar por ellas para que ustedes sigan trabajando –dijo José, con una mediana sonrisa.

–Pues yo no sé –dijo el hombre de las chinelas amarillas–. Algunas cosas las han hecho

bien, pero a los hombres nos han puesto la vida patas arriba. Antes a uno no le cambiaba vida cuando cambiaban los gobiernos, pero este se ha metido en la vida privada de uno.

–Pues para mí eso es lo bueno que han hecho –dijo Violeta–. Es lo que ellas llaman felicismo, empezar porque seamos felices en la casa.

Se armó la discusión en medio de un aire de pesadumbre, hasta que sonó la campana del comedor vecinal. Ya hacía un año que funcionaba en el barrio el sistema de cocina rotativa nacido de la idea de aliviar el trabajo doméstico. Las familias –hombres y mujeres– se turnaban en preparar la cena que se servía en la casa comunal construida entre todos y que funcionaba también como centro de reuniones y aula para las clases de lectura y escritura. El gobierno había suplido los materiales de construcción luego de que los habitantes del barrio firmaran un contrato que comprometía a los adultos que no sabían leer a asistir a clases para alfabetizarse. Los demás iban una vez a la semana a las sesiones de lectura donde uno de los jóvenes del barrio, de los que ya estaban en secundaria, les leía novelas o el libro que alguno de los participantes propusiera.

Durante la comida hubo rezos y llantos por la Presidenta y la mayoría, en vez de quedarse conversando largo rato después de lavar los platos y asear el local, se retiró temprano a su casa con la esperanza de que las noticias de las diez les informaran sobre el estado de salud de Viviana Sansón.

José de la Aritmética esperó las noticias junto a Mercedes, consolándola porque ella se soltaba en llanto de rato en rato, y repetía que no lo podía creer, que no le pasaba lo que había ocurrido. Ella se durmió al fin y él se quedó despierto sumando y restando conjeturas por falta de información oficial. En el noticiero solo habían pasado escenas del atentado y de la aglomeración de gente que se encontraba a la espera de novedades frente al hospital.

La lava

En el tenso silencio del galerón, Viviana iba de un lado al otro anonadada. No lograba explicarse qué hacía allí. Alguien le había disparado, y sin embargo no sangraba, no sentía dolor ni calor. ¿Estaré muerta? No podía estar muerta y sentirse así, tan lúcida. ¿Qué hago aquí? ¿Cómo salgo de aquí? Celeste, ¿con quién estará Celeste? Pensó que debía tranquilizarse. Esperaría quietecita. Quizás era un sueño, un desmayo. Se preguntó si habría orden o propósito en la acumulación de objetos perdidos u olvidados. Se acercó a la repisa de la izquierda. Vio un par de gafas de sol, una bufanda de seda con diseño de floripones, un par de botas blancas, un manojo de llaves y una de las rocas de Martina. Sonrió. Era un trozo de lava volcánica. Martina, tan bromista, se había encargado de crear una suerte de trofeo: la roca estaba pegada sobre un recuadro de madera, adosado al cual había una delgada placa metálica con la leyenda: “Muy agradecidas”. Es la lava del triunfo, les dijo, mientras entregaba la preseña a cada una de las cinco. Viviana tomó en sus manos el suvenir de la explosión del volcán Mitre.

Las ironías de la historia, pensó. Ellas habían anunciado que la misión del PIE sería lavar y desmanchar y sacarle brillo al país. Jamás imaginaron que la madre naturaleza les haría un gran servicio de crear un fenómeno que, literalmente, les lavó el camino para pasar del sueño a la realidad.

Al apretar el objeto sintió una ligera cosquilla en los dedos. Súbitamente el recuerdo envolvió como un holograma que se dejase observar desde dentro y desde fuera. La luz, los olores, el tiempo que evocaba se materializó a su alrededor. De golpe se sintió catapultada al país de su memoria.

Iba mirando sus pies, las sandalias café, la falda amarilla, la camiseta blanca desbocada que llevaba puesta aquel día al entrar a la casa de campaña del partido. La casa que alquilaron era un poco vieja pero acogedora, con un patio donde crecía grama verde enmarcado por arbustos de hojas multicolores. Tenía una fachada colonial y un corredor con arcos. En el piso de arriba, la habitación más grande con balcón era su oficina.

Cruzó el estar familiar que dispusieron como sala de conferencias, miró los afiches del partido en las paredes y entró a la reunión. En el mapa de Faguas extendido sobre el pizarrón, Juana de Arco, su asistente, colocaba pinchos de colores, mientras ella, Martina, Eva, Rebeca e Ifigenia tomaban turnos discutiendo la ruta de la gira electoral. Los datos del último censo indicaban los núcleos con mayor población, pero ellas se habían propuesto visitar los remotos caseríos, llegar donde nadie más llegaría.

–*To go where no man has gone before* –dijo Martina–, como en *Star Trek*.

–Mi mamá era fanática de ese programa: *Rumbo a las estrellas* –dijo Eva, tarareando el tema musical.

¿Cómo era que estaba en su cuerpo de entonces y también fuera, mirándolas?, se preguntó Viviana, y extendió la mano, atravesando la blusa de Martina. Veo un recuerdo, se dijo, veo como una proyección. Veo mi propia imagen, pero es solo mi memoria. Pensó que no podía hacer otra cosa más que fundirse con su pasado, volver a vivirlo.

Se estaban riendo cuando oyeron un sonido de terremoto ascendiendo desde las plantas o sus pies. Se envararon al unísono, listas a enfilarse hacia la puerta para correr escaleras abajo. Viviana sintió el golpe de adrenalina por el miedo animal que le inspiraban los temblores.

–Nada se ha movido –dijo Ifigenia–. Sonó como temblor, pero nada se ha movido.

Viviana miró su reloj: las tres y diez de la tarde.

–Temblor auditivo –dijo, respirando, pretendiendo una calma que no sentía–. Extraño, pero sigamos.

Juana de Arco volvió con sus tachuelas, empezó con el dónde, cómo, con quién y para qué de cada visita. Minutos después, la tierra rugió de nuevo, pero esta vez la mesa, las sillas, la casa entera se sacudió como poseída por un violento escalofrío. No salieron corriendo. Se miraron. Martina la tomó de la mano. Se la apretó fuerte. Una de las muchachas del personal de apoyo entró demudada. ¿Sintieron el temblor?, preguntó, como si no pudiese creer que ellas siguieran allí tan campantes.

–Calma –señaló Viviana gesticulando para apaciguarla, a pesar de que oía como retumbaban los latidos de su corazón en los oídos–. No corran, caminen.

Eva subió a su oficina a traer la radio esperando escuchar alguna co-municación de la oficina de geología que manejaba la red sismológica. Ifigenia tomó su tableta portátil y dijo que lo miraría en Internet.

–Es el volcán Mitre –dijo Ifi.

Eva entró con la radio encendida. Pasaban un comunicado informando a la población que se reportaban retumbos y una columna de humo negro desde sitios vecinos al volcán. Viviana dijo que mejor guardaban los papeles. Era inútil que siguieran la reunión. Pensó en Celeste, en Consuelo. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Ifigenia, ella y Rebeca abrieron sus celulares. Las tres tenían hijas, hijos.

Los altos picos de Faguas no contaban con un Principito que los deshollinara periódicamente como hacía este con los pequeños volcanes de su país; se limpiaban solo escupiendo lava y cenizas. El volcán Mitre era un hermosísimo ejemplar que por siglos había vigilado como un alto y cónico paquidermo la ciudad. El volcán era fuente de leyendas en Faguas. Los cronistas de Indias dieron cuenta de la huída de los colonos españoles de los primeros asentamientos en el siglo XVI a consecuencia de la actividad del Mitre. Tras un éxodo desordenado en carretas y a caballo los colonizadores se instalaron en la orilla de la laguna allí establecieron la capital del país. No fueron muy lejos. De la ciudad que fundaron, y que aún fungía como tal, se veía nítido el perfecto cono gris pintado aquí y allá de vetas rojizas. Cual alto vigía en el horizonte, el Mitre cazaba nubes, se las arrollaba a la garganta, lucía largas estolas rosas y púrpuras en el sol del atardecer.

Pero esa tarde el Mitre dejó su plácido rol de telón de fondo. Para demostrar que estaba vivo y coleando se llenó de venas rojas que lo surcaban desde el pico a las faldas y sopló desde la boca del cráter a intervalos primero, como si aprendiera a respirar, y luego, como dragón medieval furioso, una densa nube oscura, cruzada aquí y allá por delgadas líneas de fuego. El radio empezó a emitir el característico pitido de emergencia. Un locutor histérico habló

evacuar las zonas más próximas y de procurarse refugio para la nube de gases. Como es usual en Faguas, ni él ni nadie explicó a qué tipo de refugio se refería.

Viviana se asomó a la ventana. El cielo encapotado empezaba rápidamente a oscurecer. En menos de quince minutos el sol de las tres de la tarde se ocultó sin dejar rastro. Odiaba sentirse impotente, así que se puso en movimiento.

–Cerremos la oficina y se vienen todas conmigo a mi casa –ordenó, tensa.

Ella vivía sobre la sierra, en la zona alta. Era lógico pensar que estarían más seguras allí que en el valle de la ciudad. Había arreglado con su madre que recogiera a Celeste en la escuela.

A excepción de Ifi y Rebeca que partieron a sus hogares, a reunirse con hijos y maridos, los demás montaron nerviosas en sus vehículos y salieron tras ella. Encontraron largas filas de tráfico moviéndose lentas para salir de la ciudad. Cuando al fin arribaron a la casa, entraron apresuradas. Viviana abrazó a Celeste y a su madre. La oscuridad era densa y espesa y un olor a azufre permeaba el ambiente. Se sacudieron del pelo la ceniza, que como una nieve gris volátil iba cubriendo los tejados, las carrocerías de los coches y la superficie de las calles.

Tres días duró la noche que empezó esa tarde y tres días estuvo el país entero hundido en la negrura de un hollín malsano cuyos gases, si bien no mataron a nadie, obligaron a la gente a encerrarse en las casas y hervir grandes porras de agua para humedecer el ambiente y lavar de alguna manera las vías respiratorias y los pulmones.

En la sala, dormitorio y estudio de su casa, sobre sofás y mantas, ella acomodó a Eva, Martina, Juana de Arco y las otras muchachas de la oficina. Hubo que preparar comida para distraer a Celeste y preocuparse por los alcances del inesperado cataclismo. Rebeca e Ifigenia se reportaron sanas y salvas desde sus casas. No quedaba otra cosa más que esperar. Esperar y estar prendidas a la radio, a la televisión. Desde su cuarto, Viviana veía el volcán. Hasta entonces lo había considerado hermoso, parte de un paisaje plácido cuya contemplación alegraba sus atardeceres. Era quizás más hermoso ahora en su furia, pensó, revelando su identidad de caldera, escupiendo destellos de fuego líquido que refulgían en medio de la noche. En qué mala hora, sin embargo, se le había ocurrido despertar. Curiosamente no era el miedo sino la impaciencia la que la consumía. En manos del volcán estaba su carrera política. Se sintió egoísta, absurda, por preocuparse de si no sería aquel el fin de su campaña o un mal pronóstico. No seamos pesimistas, dijo Martina, quien se había dedicado a consolar a Juana de Arco. La muchacha había entrado en un silencio mudo que nadie podía penetrar. Le sucedía a veces, pero Martina tenía su manera de calmarla. La trataba como niña y ella se dejaba, fumando sin parar.

Eva, que era de una calma asombrosa, ayudaba a Consuelo a cocinar, a hervir agua.

Al cuarto día, la humareda empezó a ceder y el color de la columna cambió a gris, a cafezusco y luego a blanco. El cielo empezó a aclararse. La cordura retornó a la voz de los históricos periodistas. Afortunadamente el volcán no había perdido los estribos; su erupción, además de la densa oscuridad, produjo un derrame de lava que se circunscribió al destrozamiento de cultivos y caseríos vecinos. Aunque el evento quedó registrado en el habla popular como “explosión del Mitre”, no hubo tal; la integridad de las grandes ciudades no fue afectada. Al ver en los reportajes televisivos el recuento de los daños, las imágenes de la pobre gente llevada como ganado a refugios de champas de plástico negro, Viviana reaccionó. Alistémonos para ir a los campos de refugiados, dijo. Empacaron agua, provisiones, mantas que colectaron

de amigos y vecinos. El estado mayor del PIE visitó las comarcas cercanas al volcán. Bajo un sol inclemente, en terrenos baldíos, encontraron a la gente vagando sin rumbo entre las tiendas infernales que, conociendo al gobierno de Faguas, serían sus casas por largo tiempo. Las grandes polvaredas que ráfagas de viento recogían de la tierra seca irritaban los pulmones. Niños, hombres y mujeres, en medio de accesos de tos, se consolaban y ayudaban entre ellos, sus caras y sus cuerpos hasta las pestañas tiznados de una mezcla de cenizas y polvo que los hacía parecer zombis. Apenas tenían que comer. No había agua potable. Una pipa llegaba por la mañana y la gente se alineaba en grandes filas a recogerla en baldes para suplir sus necesidades. Cundían las enfermedades gástricas y la desesperación.

Salieron de allí deprimidas, abrumadas por la impotencia de no poder dar más que el consuelo de sus palabras, de su presencia.

A falta de otro recurso, rabiosa al ver la indiferencia del gobierno ante la tragedia, Viviana que hasta el inicio de su campaña había conducido un exitoso programa de televisión, reclutó artistas, cómicos y deportistas y organizó un maratón televisivo para recoger dinero para los damnificados. De nuevo, como otras veces en la historia de Faguas, la cooperación internacional destinada a la emergencia terminó siendo usada por funcionarios públicos y gente cercana al poder que, de la noche a la mañana, se hizo rica y se construyó palacetes tanto en la ciudad como en la playa.

Jamás imaginaron ellas en esos días el regalo que les depararía el volcán.

No fue sino con el transcurrir de las semanas que se enteraron del curioso efecto de la nube negra. Rebeca e Ifigenia, las dos casadas, reportaron una extraña somnolencia en sus maridos. Parece que lo picó la mosca tsé-tsé, dijo Rebeca, intrigadísima. Ifigenia, por su parte, menos discreta con sus intimidades, llegó a su oficina en la casa de campaña y le soltó el cuento: No lo vas a creer Viviana. En medio de mis maromas en la cama con Martín, cuando le estaba dando uno de esos tratamientos que a él más le gustan, que me funcionan como magia, no algo raro. Levanté la cabeza y ¿qué crees? ¡Estaba dormido! ¡Kaput! ¿Podés creerlo? ¡Incomparablemente raro!

La libido decaída de los hombres fue la que dio la pista científica de que algo anormal sucedía. Se consultó con las brigadas médicas que asistían a los refugiados. Tras los exámenes correspondientes, resultó que si el índice normal de testosterona en los hombres es de 350 a 1240 nanogramos por decilitro, en Faguas la muestra de hombres de toda edad que examinaron solo registraba 50 o 60 nanogramos. Nuevas e intrincadas pruebas de laboratorio indicaron que los gases del volcán eran responsables del efecto que inesperadamente bendeció a Faguas con una mansedumbre masculina nunca vista.

–¡Voy a creer en Dios! ¡Voy a creer en Dios! –gritaba Martina en el último mes de la campaña.

Y es que, entre la dulcificación de los hombres y las estupideces del gobierno, el Partido de la Izquierda Erótica se colocó a la cabeza en las encuestas.

Viviana rehusó atribuir su victoria al Mitre. Prefería pensar que la campaña del PIE, no solo había desafiado los esquemas de hombres y mujeres, sino que había logrado que las votantes (más de la mitad del electorado) vislumbraran al fin una ilusión de igualdad capaz de llevarlas a confiar en la imaginación del PIE y darle la misión de realizar sus deseos. En las tardes, sin embargo, tomando una copa de vino y mirando al volcán erecto sobre el paisaje

alzaba hacia él su copa con un guiño de agradecimiento. Fue ese gesto el que motivó a Martina a recoger los trozos de lava y montarlos sobre madera como souvenir.

El déficit de testosterona en un país más bien iletrado generó derivaciones a cual más disparatadas del nombre de la hormona culpable de la desidia masculina: *tensiónterrona*, *tetasterona*, *tedasterona*, *tesonterona*, *terraterrona*, le llamaron. La testosterona se convirtió en el Santo Grial, el Vellochino de Oro de los argonautas de Faguas. Todos los hombres querían que volviera y salían a buscarla por tierra y por mar a los mercados, el ciberespacio y las boticas.

Viviana devolvió la roca a la repisa, sonriendo maravillada por el prodigio aquel de haber transportado nítidamente al recuerdo, como si el objeto hubiese contenido dentro de sí un trozo de tiempo, un pergamino arrollado capaz de desplegarse y envolverla de nuevo en los olores, diálogos y sensaciones de su pasado.

- [read The Etched City](#)
- [click Au revoir IÃ -haut](#)
- [read **First Overland: The Story of the Oxford and Cambridge Far Eastern Expedition here**](#)
- [read Homecoming \(Stargate: Atlantis, Book 16; Legacy, Book 1\)](#)
- [Life in the Balance: A Physician's Memoir of Life, Love, and Loss with Parkinson's Disease and Dementia online](#)

- <http://crackingscience.org/?library/Steampunk--Poe.pdf>
- <http://diy-chirol.com/lib/Au-revoir-l---haut.pdf>
- <http://test1.batsinbelfries.com/ebooks/Genadeloos--Cel-5--Book-4-.pdf>
- <http://test1.batsinbelfries.com/ebooks/Homecoming--Stargate--Atlantis--Book-16--Legacy--Book-1-.pdf>
- <http://studystategically.com/freebooks/Life-in-the-Balance--A-Physician-s-Memoir-of-Life--Love--and-Loss-with-Parkinson-s-Disease-and-Dementia.pdf>